

Los terroristas están en Estados Unidos

Mauricio Buendía (9 de octubre del 2001).

Quién sabe que se siente cuando estalla el cielo en un millar de astillas refulgentes, cuando el fuego y el humo oscurecen la esperanza. Quizás habría que preguntarle a Salvador Allende y los bravos defensores del palacio de la Moneda cuando les cayó el cielo encima aquel 11 de septiembre de 1973, un día martes, al igual que el día que explotó el sueño americano en Nueva York y Washington. Ironía de la historia, que suele jugar con los seres humanos, que el Pentágono fuera parcialmente destruido el mismísimo día en que se desencadenó el golpe militar en nuestro país; irónico, puesto que tras las paredes de aquella fortaleza se fraguó la conspiración internacional contra el gobierno de la Unidad Popular, desde allí se planificó, financió y apoyó el terrorismo de estado que se enseñoreó en Chile por casi dos décadas. Por lo tanto, mal podría sentirse lastima o angustia por los muertos del Pentágono. Es que los muertos del imperialismo son muy pocos en comparación con los asesinados, desaparecidos y torturados en este lado del continente americano. Claro, no se trata de cuantificar el sufrimiento, pero tampoco podemos callar lo que muchos piensan en silencio: el imperialismo solo está cosechando el odio sembrado en toda una existencia de arrogancia y dominación, de agresión y violación sistemática de los derechos de otros pueblos. Son 90 mil los desaparecidos en América latina, 90 mil razones para pensar que al menos algo de justicia significa el atentado al corazón del poderío económico, político y militar de Estados Unidos.

No podemos menos que entender la angustia y dolor de millares de familiares y amigos de las víctimas del "World Trade Center", sin embargo, es al mismo tiempo irritante constatar que para las autoridades estadounidenses, para el mundo capitalista y para la mayoría de los medios de comunicación, la vida de un estadounidense vale más que la vida del resto de los habitantes de este planeta. Ojalá se llorara de la misma manera a los bombardeados niños de Irak, a los cubanos asfixiados por décadas de embargo económico; al millón de vietnamitas asesinados por los Estados Unidos; a los palestinos masacrados por balas israelíes financiadas por el imperialismo norteamericano.

Ojalá el presidente George Bush se condoliese hasta las lágrimas de los 500 mil torturados en nuestro país, de los familiares de los detenidos desaparecidos que, al igual que las víctimas de Nueva York, buscan a sus familiares, no bajo los escombros de un edificio, sino que bajo el estiércol de la impunidad y la indiferencia de una sociedad enferma. No obstante, la respuesta del presidente del país más poderoso del orbe, ha sido - como siempre - la amenaza y la guerra, no importa contra quien, no importa cual sea el costo humano, pues la vida de un estadounidense no tiene precio y, en cualquier caso, vale más que todas las vidas juntas, que todos los países juntos, que todos los derechos humanos de todos los humanos del mundo. Y por eso han asesinado y agredido a musulmanes en Estados Unidos, por ello chantajea a Afganistán y a Pakistán. Entonces, una vez más, nos encontramos a merced de aquel "gigante

dormido", que ha despertado, y que busca a un invisible enemigo en todos los rincones de la tierra, porque les dolieron las acciones realizadas en su propio territorio. Es que, más allá de consideraciones de índole político o ético, lo concreto es que desde un punto de vista técnico, las acciones constituyen una sólida demostración de habilidad operativa y, al mismo tiempo, de la incapacidad de los organismos de inteligencia y de seguridad de Estados Unidos de detectar una operación de esta naturaleza y envergadura.

Les duele y, por ello, su reacción dérmica les hace más peligrosos, mal que mal, con el término de la denominada "Guerra Fría" el imperio sintió la necesidad de transformar al enemigo para poder continuar perpetuando sus patrones de dominación. De ahí que el narcotráfico superó al comunismo como enemigo principal. Ello sirvió a Estados Unidos como instrumento para combatir, no a solo al narcotráfico, por cierto, sino que como herramienta de dominación en la región, toda vez que sus políticas de supuesto combate a la droga redundaron en una abierta injerencia en los asuntos internos de otros países. De hecho, la transgresión de la soberanía de algunos países latinoamericanos se verificó tanto directa como indirectamente y en varios planos. Por ejemplo, con la instalación de bases militares en Bolivia y la operación en terreno de "asesores" militares en la región del Chapare, zona amazónica boliviana y donde se produce la hoja de coca. El hecho de que la hoja de coca no sea equivalente a la producción de cocaína es de nula relevancia para las autoridades estadounidenses quienes, en total connivencia con el estado boliviano, recurren a la brutal represión contra los campesinos cocaleros, pobres y marginales, para una supuesta erradicación de esta particular hoja. Además, se ejerce presión política, diplomática y, por supuesto, económica, sobre otros países, siendo Colombia tal vez el caso más claro de ello. Sí, pues en una cristalina política neocolonial, arrogante y ofensivamente paternalista, Estados Unidos se arroga el derecho de evaluar periódicamente el desempeño de cada país en términos del acatamiento de estos a las políticas estadounidenses en el plano de la lucha contra el narcotráfico. Si a juicio del congreso estadounidense, Colombia, por ejemplo, no satisface año a año las demandas del imperialismo, simplemente no se hace acreedor a un certificado de buena conducta emitido por las autoridades de Estados Unidos y, por ende, pierde toda posibilidad de ayuda económica.

Es precisamente en este contexto que esta "nueva guerra" de Estados Unidos adquiere su real dimensión, porque al definirse al terrorismo como el enemigo principal, no cabe duda que se exigirá a los gobiernos latinoamericanos el alinearse con la novel política estadounidense y con todo lo que ello conlleva. Es decir, como lo han planteado ya las autoridades de ese país: "o estás con nosotros o estás contra nosotros". No existe espacio para la soberanía nacional, para la independencia en las decisiones de política exterior o interior de los gobiernos locales, de lo contrario sencillamente te enfrentas a la furia unilateral de Estados Unidos quien se ha autoerigido como el defensor de la libertad y la democracia en el mundo. Y es que esta lucha contra el terrorismo es tan amplia y tan ambigua que se puede transformar en una lucha contra todas aquellas organizaciones y movimientos cuyos objetivos se contrapongan a las políticas represivas de Estados Unidos y de sus aliados regionales. No podemos olvidar las trágicas consecuencias de la guerra contra el "enemigo interno" definido en la tristemente celebre Doctrina de Seguridad Nacional; guerra inventada por Estados Unidos y agenciada por las dictaduras militares que dominaron el continente por décadas. Sabemos, por experiencia, que el enemigo interno era todo aquel que osaba disentir de la voz oficial, por lo tanto, tenemos todo el

derecho a pensar que en el marco de esta singular guerra contra el terrorismo, terrorista puede llegar a ser todo aquel que ose criticar la política estadounidense o la de sus acólitos regionales. Porque no cabe duda que muchos gobiernos latinoamericanos, sino todos, correrán gustosos a complacer a los Estados Unidos. Es lo que hizo el gobierno chileno desde un comienzo , sin que nadie se lo pidiera.

Las razones son múltiples, pero es claro que - más allá de argumentaciones en defensa de la libertad y la democracia - las posibles represalias del país del norte en caso de no acatar su política antiterrorista pesan en las decisiones del gobierno chileno. No necesariamente represalias en el ámbito militar, sino que más bien en las esferas política y económica. No podemos olvidar que el sueño del bloque de poder dominante en el país es acceder al Tratado de Libre Comercio, privilegiar a Estados Unidos por sobre Latinoamérica, mirar al norte más que al sur, pretender no ser parte del tercer mundo, pero con pobreza, desempleo y marginalidad. Y para ello, cuando se le exija, quizás Chile aceptará en su territorio oficinas del FBI u otras agencias de seguridad, otorgándoles el derecho a operar en el país con el objetivo de acabar con el terrorismo que, en el caso de Chile, pueden ser las organizaciones anti sistémicas, el pueblo mapuche, los movimientos revolucionarios, entre otros.

La primera guerra del siglo XXI, como la ha denominado Estados Unidos, es una guerra de castigo a aquellos que osen desafiar al imperialismo, no solo a los responsables de la acción contra Nueva York y Washington; guerra injusta e unilateral, pues son los estadounidenses quienes definen al terrorismo y a los terroristas y los únicos que se arrojan el derecho a atacar a quien les de la gana. Para nosotros en América Latina está claro que son los Estados Unidos el país que ha aplicado el terror y el terrorismo para dominar el mundo, entonces, de acuerdo a la lógica que ellos imponen ahora ¿No tendríamos los pueblos del mundo el derecho de llevar a la justicia a los terroristas que se esconden en la Casa Blanca y el Pentágono?



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

